



## PRIMERA SEMANA

### COLOMBIA: *Santa Laura Montoya Upegui*

El Papa Francisco nos recuerda repetidamente salir a los márgenes y vivir el Evangelio. Que apropiado es, entonces, que canonizó a Santa Laura Montoya Upegui en 2013. Vemos en la primera santa de Colombia un ejemplo de lo que significa estar presente para aquellos que están olvidados y marginados. Ella nos invita a reflexionar sobre nuestros prejuicios y escuchar las necesidades de los demás.

Laura sabía lo que era ser pobre—tanto material como espiritualmente. Su padre fue asesinado cuando ella tenía sólo 2 años de edad y, aunque Laura recordaba a su madre como una mujer de gran fortaleza y perdón, las dificultades económicas la obligaron a enviar a Laura a vivir con su

abuela. Este fue un momento de gran soledad para la niña, y en ocasiones se sentía abandonada. Pero una creciente dependencia de Dios—sobre todo en la Eucaristía y la Sagrada Escritura—la sostuvo.

A la edad de 16 años, la madre de Laura le pidió convertirse en maestra de escuela primaria para ayudar a mantener a la familia. A pesar de que nunca había ido a la escuela, Laura se convirtió en una maestra excepcional, transmitiendo los valores del Evangelio a todos sus estudiantes. Sin embargo, su máximo llamado fue entrar en la vida religiosa—y servir a las comunidades nativas de su tierra natal, las comunidades que fueron despreciadas y condenadas al ostracismo por la mayoría de los colombianos.

Con otras cuatro mujeres jóvenes a su lado, Laura partió con valentía de su casa en Medellín, Colombia, a la comunidad de Dabeiba. Ella deseaba “convertirse en un indio con los indios,” vivir como y en solidaridad con los de la comunidad. Con la ayuda de un obispo local, las mujeres formaron las Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena.

Aunque ella y sus compañeras misioneras fueron ridiculizadas por muchos, Laura siempre hizo hincapié en la centralidad del amor—en su obra misionera y en la forma en que ella actuaba en comunidad. Era el amor, ella sabía, que estaba en el centro de la misión de Cristo—y así sería en el centro de la de ella.

En nuestras propias vidas, somos llamados a responder a este mismo desafío. ¿Quiénes viven en los márgenes de nuestras vidas, y cómo somos capaces de responder mejor en el amor? ¿Qué nos detiene? ¿Y cómo puede Dios estar trabajando dentro de nosotros?



## SEGUNDA SEMANA

### LAOS: *San Francisco Javier, SJ*

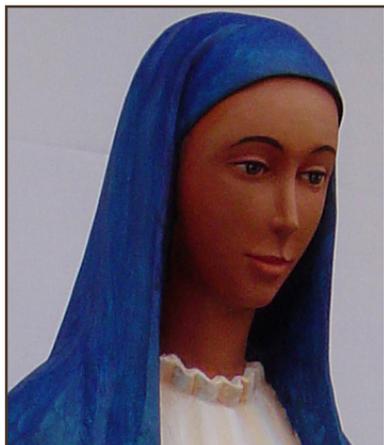
En el primer capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles, encontramos esta línea: “Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los extremos de la tierra.” Para muchos de nosotros que vivimos en el siglo XXI, el mandato de Jesús de ir a los “confines de la tierra” para compartir el mensaje del Evangelio es un sacrificio, pero no uno insuperable—después de todo, está a sólo un vuelo en avión de distancia.

Pero en el siglo XVI, no había aviones—y un viaje a los “confines de la tierra” a menudo significaba que ibas ahí para quedarte. Ese fue el riesgo que San Francisco Javier tomó para compartir el amor de Cristo con desconocidos en tierras lejanas. Aunque nació en la riqueza—él creció en un castillo en la región vasca de España—Francisco finalmente se comprometería a una vida de pobreza que lo llevaría hasta el Lejano Oriente. Mientras estudiaba en la Universidad de París, conoció a Ignacio de Loyola—futuro fundador de los jesuitas, y futuro santo. Francisco siguió a Ignacio a Venecia, donde ambos hombres fueron ordenados al sacerdocio. Sólo unos pocos años después, Francisco e Ignacio fueron ante el Papa en Roma y fueron reconocidos formalmente como miembros de la Compañía de Jesús. Los jesuitas se habían fundado.

San Francisco Javier encarnaba la intención original de San Ignacio para la sociedad—el de los predicadores misioneros. En marzo de 1540, Francisco salió de Roma a petición del rey de Portugal para predicar el Evangelio en la India. Se abrió paso a Goa, India, donde predicó, cuidó de los enfermos y enseñó a los niños.

Durante los próximos 10 años, Francisco viajaría por toda la India, Filipinas y Japón—y una serie de islas intermedias—predicando la Buena Noticia. Conoció y fue mentor de numerosos hombres y mujeres en la fe, alentando a muchos a considerar la vocación religiosa. Francisco siempre buscó vivir entre la gente con la que se encontraba, para aprender y respetar sus costumbres y cultura.

San Francisco Javier es justamente reconocido como uno de los santos patronos de los misioneros por la forma en que vivió su misión, viajando y proclamando el mensaje de Cristo a través de sus palabras y acciones. Él nos desafía a examinar nuestras propias vidas, para ver cómo proclamamos ese mensaje de amor, paz y justicia. ¿Con quién podríamos compartir este mensaje? ¿De quiénes lo que hemos recibido?



## TERCERA SEMANA

### **RUANDA:** *Nuestra Señora de Kibeho*

¿Alguna vez se han preguntado por qué pasan cosas malas? ¿O por qué Dios permite que persista el mal? Cuando ocurren tragedias, dificultades y sufrimientos, a menudo nos quedamos con la sensación de impotencia y angustia—incluso de enojo. Clamamos a nuestro Dios que es amor y asombro: ¿Dónde se puede encontrar ese amor?

En el derecho internacional, el genocidio se considera la focalización intencional y asesinato de un grupo específico de personas. El genocidio de Ruanda es un momento marcado en la historia, un momento de oscuridad y odio que continúa preocupando a los

corazones de aquellos en Ruanda y los alejados de sus fronteras. ¿Cómo es que la gente pudo provocar tal violencia mortal?

Pero entonces se nos recuerda la historia de Kibeho, la aparición de la Santísima Virgen María a tres niñas de escuela preparatoria. María se apareció primero a Alphonsine Mumureke el 28 de noviembre de 1981, identificándose como “Ndi Nyina Wa Jambo”, que significa “Madre de la Palabra.” María continuaría apareciendo a Alphonsine hasta 1989. Anathalie Mukamazimpaka y Marie Claire Mukangango también recibieron mensajes de María, aunque en un período de tiempo más corto.

El mensaje de la Santísima Madre estaba mezclado con alegría y alerta. Ella llamó a la conversión, haciendo hincapié en la importancia de la oración, la penitencia y el ayuno. A través de estos pilares espirituales, la paz triunfaría sobre la división, tanto en Ruanda y más allá. Las tres estudiantes de preparatoria recibieron una visión preocupante de lo que sucedería si no se lograba la paz. Vieron la violencia, la destrucción y la muerte rebasar a Ruanda—lo que muchos consideran como un presagio del genocidio ruandés.

Cuando San Juan Pablo II visitó Ruanda en 1990, él también llamó a las comunidades a orar por la sanación de las divisiones locales, recordando a todos los ruandeses a recurrir a María como una guía. En 1992, comenzó la construcción de un santuario en Kibeho, llamado el “Santuario de Nuestra Señora de los Dolores”. Y, sin embargo, en 1994 estalló la guerra civil cuando los hutus se volvieron en contra de los tutsis y los tutsis en contra de los hutus, dejando a cerca de un millón de personas fallecidas a raíz de la división étnica.

Los pilares espirituales que la Virgen señaló—la oración, la penitencia y el ayuno—siguen siendo esenciales. Y su llamado a la paz en nuestro mundo sigue siendo pertinente. Aunque puede que nunca podamos entender por qué estalla el caos dentro de las comunidades, podemos confiar en que nuestro Dios, que es amor, clama con nosotros en medio de tanto odio. Podemos saber que nuestro Dios—que sabe lo que es sufrir, al ser clavado en una cruz—sufrir con nosotros. Y podemos confiar en que, si tenemos ojos para ver, Dios sigue trabajando a través de nosotros para actuar sobre el llamado del Espíritu.

El pueblo de Ruanda sufrió mucho, al igual que muchos en nuestro mundo de hoy—pero la esperanza y la alegría permanecen. La Historia de la esperanza de Plato de Arroz de CRS sobre Ruanda lo demuestra. Al reflexionar sobre ello, ¿dónde puedes encontrar la esperanza—tanto para el pueblo de Ruanda, y para su propia comunidad?



## CUARTA SEMANA

### HONDURAS: *Santa Ana, la madre de María*

El cuarto mandamiento nos recuerda que debemos honrar a nuestros padres. Sin embargo, ¡cuántas veces nos olvidamos de esto en medio del ajetreo de la vida cotidiana! Es fácil tomar los sacrificios de nuestros padres por sentado—de hecho, es posible que apenas nos demos cuenta del alcance de esos sacrificios hasta que tengamos nuestros propios hijos.

Y, sin embargo, al reflexionar sobre nuestros padres—nuestras madres, nuestros padres, tal vez incluso nuestros abuelos u otros tutores y mentores— ¿qué viene a la mente? ¿Se nos dieron las oportunidades para tener éxito, incluso si nuestros padres venían de orígenes humildes? ¿Nos proporcionaron con lo esencial de la vida, incluso cuando los

tiempos eran difíciles? ¿Nos enseñaron el bien del mal, incluso en momentos de dificultad?

Todas las familias se encuentran con desafíos. La tradición nos dice que Santa Ana, la madre de María y abuela de Jesús, tuvo problemas para concebir un hijo. Ella y su marido, Joachim, creían que estaban destinados a estar sin hijos. Así, se dedicaron a la intensa oración y el ayuno, con la esperanza de que Dios iba a intervenir. Y Dios respondió en formas que nunca podrían haber imaginado.

Un ángel visitó a Ana una noche con esta noticia: “El Señor ha escuchado tu oración: concebirás y darás a luz. Del fruto de tu vientre se hablará en todo el mundo.” Cuando María nació, Santa Ana fue cuidadosa en mantener a su hija a salvo, para que ella pudiera crecer en santidad y virtud.

En una homilía pronunciada en la fiesta de Santa Ana, el Papa Francisco ofreció esta reflexión: “Cuando yo estaba usando el incienso, me di cuenta de algo muy hermoso: la estatua de Santa Ana no está coronada, pero su hija, María está coronada. Santa Ana es la mujer que preparó a su hija para convertirse en reina, para convertirse en la reina del cielo y de la tierra. Esta mujer hizo un gran trabajo.”

Recordamos la historia de Mayra, la Historia de la esperanza de Plato de Arroz de CRS sobre Honduras. Vemos en la abuela de Mayra algo similar a lo que vislumbramos en Santa Ana: una mujer fuerte, humilde que está comprometida con ver a su nieta tener éxito, incluso si eso significa el trabajo duro e ingrato. Y esta escena no es un caso poco frecuente en todo el mundo.

Esta Cuaresma, ¿cómo podríamos honrar a nuestros padres o cuidadores al honrar a los padres trabajadores que viven en todo el mundo?



## QUINTA SEMANA

### MADAGASCAR: *Santa Josefina Bakhita*

Vemos en nuestra tradición cristiana una gran preocupación por aquellos atados en la esclavitud. A través del liderazgo de Moisés, Dios liberó a los israelitas de su cautiverio en Egipto. El profeta Isaías nos recuerda que Dios desea “dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo” (Isaías 58,6). Y el mismo Jesús nos dice que su misión incluye la proclamación de la “libertad a los cautivos” (Lucas 4,18). Está claro que Dios se preocupa por nuestra libertad, deseando que seamos liberados de las cadenas que nos atan—ya sea que sean físicas o espirituales.

En Santa Josefina Bakhita, vemos a una mujer que, aunque obligada a soportar un período de esclavitud, desechó sus grilletes para servir a Dios. Nacida en el sur de Sudán, Josefina fue secuestrada y vendida como esclava a la edad de 7 años. Olvidando su nombre de nacimiento como resultado de la experiencia traumática, sus captores la llamaron “Bakhita”, que significa “afortunada”.

Y afortunada, se podría decir, que fue. Ella fue comprada por un político italiano que la trató amablemente. A pesar de que extrañaba a su familia, se encontró con momentos de verdadera alegría. Cuando su dueño se mudó a Italia, llevó a Josefina consigo y la regaló a su amigo Augusto Michieli. Ella se convirtió en niñera de la hija joven de los Michieli, Mimmina, y acompañó a la niña al Instituto de los Catecúmenos de Venecia, a cargo de las Hermanas Canosian.

Bakhita llegó a conocer a Dios en el instituto y se sintió atraída a entrar en la Iglesia Católica. Cuando los Michieli regresaron para recoger a Mimmina y Bakhita, Bakhita se negó a irse. Quería quedarse con las Hermanas Canosian—y la ley italiana apoyó su deseo, declarándola una mujer libre.

Bakhita, que tomó el nombre de Josefina, pronto consagró su vida a Dios, llegando a ser una hermana y servir en la comunidad Canosian. Ella se convirtió en una gran fuente de consuelo para los niños que acudieron al instituto, y ayudó a los pobres y a los que sufrían que llegaban a la puerta de las hermanas. Ella era conocida por todas partes por su carácter bondadoso y su deseo de difundir el amor de Dios. Cuando murió en 1947, una multitud se reunió en el convento a orar por ella y pedir su intercesión.

Vemos en Santa Josefina Bakhita una mujer que luchó en tierras lejanas, una extraña obligada a adaptarse a circunstancias imprevistas. También vemos una mujer que sirvió a Dios en todo lo que hizo— incluso antes de entrar en la Iglesia—y que encontró la fuerza para liberar las cadenas que la ataban y abrazar el llamado de Dios.

¿Qué cadenas existen en nuestras propias vidas? ¿Cómo podemos trabajar con Dios en esta Cuaresma para liberar a nosotros mismos ya otros de cualquier cosa que nos sostiene cautivos?